



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

MI PADRE Y OTROS ACCIDENTES

PAOLA GUEVARA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Pedro Covo

© Paola Guevara, 2016

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2018

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6943-0

ISBN 10: 958-42-6943-7

Primera impresión en esta edición: mayo de 2018

Segunda impresión en esta edición: marzo de 2020

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

PAOLA GUEVARA

(Cali, 1977) es periodista de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Inició su carrera en la *Revista Cambio* y ha sido colaboradora de las revistas *Cromos*, *Shock*, *Gerente*, entre otras. Ha sido coordinadora general del periódico *La Hoja* de Bogotá y editora del Grupo 10+, especializado en revistas de lujo como *Star*, by Sterling. Trabajó en la Casa Editorial El Tiempo y en la actualidad es columnista de las páginas de Opinión y editora de Cultura, Entretenimiento y Tendencias del diario *El País*, de Cali.

Para Fernando Perdomo, mi héroe.

*Los niños nunca tienen los padres con los que sueñan.
Solo los niños sin padres tienen padres de ensueño.*

BORIS CYRULNIK

1.

El mundo se divide entre la gente que conoce a su padre y la gente que no. Y luego estoy yo, la periodista de treinta y cuatro años a quien su madre le informó, a través de un mensaje de texto, el nombre de su verdadero padre.

Era lunes, me encontraba reunida en el consejo editorial del periódico y estuve a punto de borrar su mensaje sin haberlo leído, pues supuse que ella me había escrito para lo usual: amenazarme, profetizarme una maldición lanzada por el gurú de su secta, arrojarme un número de cuenta bancaria donde debía consignarle una suma ridícula; advertirme que jamás terminaría de pagarle el favor de haberme hospedado en su vientre por nueve meses.

Pero a veces los dedos toman decisiones propias sin consultarnos, como si ocultaran un cerebro pensante en el bulbo de la yema, por eso mi índice se arqueó sobre la pantalla del teléfono y leí.

“Fernando Lince vive en Cali y quiere conocerte. Acabo de darle tu número. Te va a llamar”.

Y a continuación uno tras otro, como esperando su turno para el desembarco, los diez dígitos de un teléfono que me instó a guardar entre mis contactos para que yo pudiera identificarlo cuando él llamara.

Dar la noticia de frente habría sido demasiada gentileza de su parte; solo bateó este nombre y corrió fuera de mi alcance, sabiendo que al buen entendedor le bastan pocas palabras. Sabiendo que yo, por salud mental, nunca más iría tras ella para confrontarla.

En un raptó de paranoia levanté la mirada y escudriñé con afán la expresión de mis compañeros de mesa. Nadie se percató del incendio en mi rostro. Aquel día, lejos de los debates periodísticos habituales, mis colegas permanecían sentados, de buen ánimo, arrebatándose la palabra unos a otros y concentrados en la planeación de la fiesta de homenaje a Daniel Martí, elegido Periodista del Año por la investigación que desarticuló una poderosa red de corrupción regional.

Hago una pausa en la acción para constatar que a veces, solo a veces, lo más trivial y lo más trascendental acontecen de forma simultánea. En momentos como este recuerdo a mi viejo amigo Claude, quien fue asaltado por una imagen patética de sí mismo: devoraba una hamburguesa barata y compartía la banca con un sonriente payaso plástico mientras esperaba que su mejor amiga terminara de firmar su divorcio, para luego recoger sus maletas y acompañarla al aeropuerto donde la despediría sin haberle confesado que, feliz, cambiaría su intensa vida como corresponsal de gue-

rra por recortar cupones de descuento y lustrar zapatos escolares si eso hacía falta para estar a su lado; que había soñado cómo sería la hija de ambos y cada vez que ella le llamaba por teléfono rogaba en silencio, con pánico mortal, que no fuera para anunciarle que esa hija imaginada, que esa niña de sus sueños tendría otro padre.

Sí, a veces lo más trivial y lo más trascendental se sientan en la misma banca de la vida y toman juntos el sol, mientras sumergen papas fritas en salsa y apuran sorbos de soda con una pajilla. Allí estaba yo, atrapada en una sala de juntas con olor a desinfectante de pino, rodeada por personas que planeaban una fiesta sorpresa y se disponían a elegir entre jarras de sangría o copas de martini, paella o barra de sushi, listones de color o globos de helio, bailarines de salsa o mariachis. Y yo, como aquel amigo patético sentado junto al payaso feliz, pretendiendo que mi vida, como la conocía, no había llegado a su fin.

Porque yo supe de Fernando Lince por un mensaje de texto. Él supo de mí por un mensaje de mi madre en su Facebook. No sé si soy la hija de ese hombre, pero, no me cabe la menor duda, soy hija de la maldita era digital.

2.

A la primera oportunidad abandoné la reunión de editores sin llamar la atención y me deslicé a la sala de fotografía en busca de Antonio, quien acababa de llegar con la frente enrojecida por el sol. Su nariz robusta y la hendidura del entrecejo le daban un aire de severidad a su expresión, que contrastaba de inmediato con la fina curvatura de sus labios. Comprobé que nadie viniera, antes de abordarlo.

—¿Qué hiciste hoy? —pregunté sin delatar la primicia que traía entre manos.

—No quiero hablar de eso —dijo Antonio irritado, mientras desmontaba los lentes de su cámara sobre la mesa del estudio.

—Vamos. Dime qué hiciste hoy.

—Está bien, si tanto te interesa saberlo... tomé fotos de una alcantarilla rota en la Calle Quinta.

—Alcantarillas, vaya asunto apasionante. Ahora preguntame qué hice yo.

—Pero son solo las diez de la mañana, ¿qué pudiste haber hecho? Está bien —resopló—. Madame, ¿me haría el

honor de deleitarme con la narración de las cosas *su-ma-men-te* importantes que hizo usted hoy?

—Lo usual, ya sabes. Leer el periódico, tomar un café y descubrir la identidad de mi nuevo hipotético padre, que según Alma se llama Fernando Lince, vive en la ciudad y quiere conocerme. Por cierto, ¿qué tan profundo era el agujero que fotografiaste?

Antonio se llevó las manos a la cabeza y tamborileó con los dedos sobre su frente y su calva, como si redactara la respuesta indicada en el teclado de su mente. Y después de mirarme largamente tras el espesor de sus lentes de aumento, exhaló una protesta inédita en nuestros siete años de matrimonio.

—¡Maldita sea! ¿Por qué a mí nunca me pasan estas cosas?

Me detuve a saborear su expresión consternada, la misma que le causaban todos mis escabrosos asuntos familiares a este hijo de una pareja atípicamente estable e irritantemente perfecta, el mayor de cinco hermanos confiables y predecibles y el heredero de una invicta tradición matrimonial que reposaba en retratos de boda de varias generaciones, dispuestos como trofeos en casa de sus abuelos.

Antonio, hombre de pocas palabras, pero portador de una lealtad a toda prueba, supo intuir que detrás de mi esfuerzo por sonreír se escondía una consternación mucho más grande de la que alcanzaba a confesarme a mí misma y entonces, como un cielo que se despeja, retornó a la

serenidad natural que era su impronta y parafraseó al doctor Villa, mi psiquiatra:

—Tienes suerte. Tu vida podrá ser dura, pero jamás aburrida.

Como suele ocurrir con los fotógrafos, Antonio tenía la asombrosa habilidad de ver el otro lado de las cosas. Sin embargo, lo mío era puro cansancio. No rabia, desesperanza o terror; solo un cansancio de siglos. Porque creer en la palabra de Alma no era una opción a estas alturas, pero yo me conocía lo suficiente para saber que no había marcha atrás. No me detendría hasta extraer la última gota de verdad en todo este asunto y, por tanto, se abría ante mí un largo y empinado camino que producía solo eso, cansancio, el cansancio anticipado de quien debe ponerse en marcha cuando creía tenerlo todo resuelto en su pacífica esquina del mundo.

Por supuesto cabía la opción de ignorar la existencia de Fernando Lince y seguir adelante con mi vida, pero mientras Alma siguiera siendo dueña del secreto sobre mi origen tendría también el poder de sacudir mis cimientos a su antojo, incluso a distancia, como acababa de hacerlo con un simple mensaje de texto. Su enfermiza manera de relacionarse conmigo era manipular este secreto, y si lograba arrebatárselo ya no tendría poder sobre mí. Lo que estaba en juego era mucho más que una foto arrancada del árbol genealógico. Lo que estaba en juego, en últimas, era mi libertad.

3.

Los secretos pequeños o grandes, pero sobre todo aquellos que se revelan a cuentagotas a lo largo de una vida son, más que un hábito, el deporte de mi familia. Uno al que yo había logrado sobrevivir pero jamás adaptarme.

Un día cualquiera, mientras uno cosía el botón de un abrigo, alguien se acercaba de puntillas para confesar que el beatífico tío Octavio no murió de un ataque cardiaco, como siempre creí, sino abaleado por la mafia de las apuestas a causa de una deuda de juego impagable. Mientras uno sacudía la sombrilla empapada de lluvia, alguien consideraba oportuno revelar que la prima Camila fue Camilo hasta los catorce años de edad. Mientras uno dormitaba frente a la pantalla del televisor, alguien lo sacudía por el hombro para revelar que el tumor maligno del tío Aurelio no era en realidad un tumor, y tampoco maligno, sino un hermano gemelo muerto y absorbido por su cuerpo durante el tercer mes de gestación.

Qué decir de mí: registrada en secreto como hija de mis abuelos y trasplantada a Bogotá mientras Alma, liberada de la carga materna que no quería ni podía asumir, decidió

permanecer en Cali para seguir adelante con su vida amorosa y nuestro contacto se limitó, por los siguientes quince años, a las vacaciones de fin de año.

Los de la familia eran secretos matrioska, unos contenidos dentro de otros más grandes, *ad infinitum*. Es posible que este fuera el único entretenimiento de seres cuya existencia transcurría puertas adentro y sin grandes sobresaltos, pero Alma llevaba esta tradición a niveles insospechados.

Así ocurrió en nuestro último encuentro, tres meses antes del mensaje de texto: yo viajé a Bogotá para entrevistar a un poeta antioqueño que envenenó a su madre por piedad, y antes de que las nubes grises terminaran de asfixiar los últimos espacios azules del cielo sobre Usaquéen, miré el reloj y decidí que aún tenía tiempo suficiente para visitar a mis abuelos antes de tomar el último vuelo de regreso a Cali.

Eran las seis de la tarde cuando subí a un taxi bajo un aguacero ligero que poco a poco, a medida que avanzamos, se tornó en un caos bestial de tráfico coronado por un concierto de bocinas y una descarga de lluvia que colapsó por completo las vías del norte de la ciudad. Agobiada por mi pésimo cálculo del tiempo, el cronológico y el atmosférico, bajé del taxi y corrí las tres cuadras largas que me separaban de la casa donde crecí. Llegué sin previo aviso. *Mea culpa*.

Mis abuelos me recibieron con el alborozo de siempre, me despojaron del abrigo empapado y me arrastraron hasta la mesa del comedor tomada por el brazo. Pero allí estaba Alma, a quien no veía desde que fingió su propio

secuestro para cobrar el rescate y cuyas llamadas y mensajes evitaba de forma sistemática por básico instinto de supervivencia emocional.

Como lo ordenaban los cánones de su nueva secta religiosa, ella ocultaba la profusión de sus curvas bajo una bata negra que no bastaba para eclipsar su belleza infernal. Llevaba su melena dorada atada en una moña tensa y de su eterna naturaleza seductora solo parecía conservar los labios pintados de rojo encendido, que alargaba para soplar la espuma del chocolate caliente.

Fue demasiado tarde para salir huyendo, aunque toda señal en mi cuerpo me advertía que lo hiciera. Y antes de que pudiera cambiar de opinión mis abuelos dispusieron más platos y tazas, pan recién horneado, mermelada casera y ese queso fresco que en Colombia suele arrojarse impunemente al interior de las bebidas calientes.

Al verme, Alma desplegó una sonrisa generosa y se puso de pie para darme un abrazo que sentí sincero, por esa tara mamífera que nos conduce a interpretar cada acercamiento físico de la madre como afecto, incluso si ella es una depredadora natural. Y mientras taconeaba de regreso a su silla me preguntó con la más edulcorada de las expresiones cómo iba mi nueva vida en Cali, cómo se adaptaban Antonio y el pequeño Lucas, y si teníamos planes de regresar a Bogotá.

Creyendo que tal vez nuestra distancia había suavizado los roces de los últimos años y que quizá sería hora de rescatar nuestra relación de la cámara de criogénesis donde

yacía, bajé la guardia y describí cómo mis días transcurrían felices entre los retos del periódico, la paz de nuestra casa frente al río, el amor de Antonio y los avances de Lucas en el jardín de niños, pero en algún punto de mi relato su expresión se tornó severa y entre los dientes musitó con un odio que no vi venir.

—Tan fácil su vida. Todo lo ha tenido regalado. Ojalá tuviera que sufrir como su hermano Felipe para conseguir cualquier cosa.

Aparté de mis labios la taza de chocolate para poder degustar la conciencia de mi propia torpeza. Quise aclararle que Felipe, un publicista brillante y premiado, no necesitaba su lástima. Quise aclararle que mi vida no es fácil; qué tan fácil es provenir de una mujer que me negó según su conveniencia; una que solía recordarme cada vez que podía que el día en que nací fue el peor de su vida, que no quiso verme o tocarme y pidió que me llevaran lejos pues no toleraba mi peso sobre sus piernas.

—Fácil. Que mi vida es fácil. ¿Es fácil tener 34 años y no saber quién es mi papá?

Las palabras no acababan de salir de mi boca y ya me pesaba el absurdo de haberlas pronunciado. Esta pregunta burló todos mis filtros conscientes y superó la velocidad de la sensatez. Quise disculparme, pero no había marcha atrás. Lo dicho, dicho estaba, por ilógico que fuera.

Solo me restaba respirar profundo y esperar que la emprendiera contra mí, pero a medida que se prolongaba su silencio empecé a desear que lo hiciera pronto, que me pro-